

LOS LIBROS

REFLEXIONES SOBRE LA NOVELA AMERICANA.

Mientras más se ahonda en el estudio de la novelística americana, mayor es la admiración por este continente sometido a tantas injusticias históricas. No hay sino que tomar un libro de cualquier país, una de sus novelas o colecciones de cuentos, para sentir como una bocanada la magnitud de los problemas que agitan a estos países, y las profundas divisiones sociales que los dominan. Antiguamente el escritor, o lo que fuera, bajaba al estado llano, como el señor que se digna detener un momento el carruaje que lo arrastra por las campiñas o por los caminos de las sierras, para echar una lánguida mirada a esa porción humana abandonada, y luego, al regreso, contaba en unas pocas líneas, la triste condición del hombre humillado por los hombres. Se advertía que nada en ese documento respiraba sinceridad. Pero a veces el corazón traicionaba al observador, y de allí esas páginas esporádicas, levemente dolorosas que todas las literaturas de América conservan en su haber tradicional, y que los investigadores de hoy controlan y anotan como los más vivos y bellos testimonios de la condición trágica del hombre de América.

Así como en el estudio de la historia americana se han aprovechado los documentos según que éstos satisficieran a tales o cuales grupos sociales—el miedo y el interés han hecho en la historia más daño que las revoluciones sangrientas; el miedo orgánico, fisiológico, que se funde con el miedo de las pasadas esclavitud

vitudes y pasadas humillaciones, vivas en el subconsciente de la descendencia—así la novela americana de los comienzos, con excepciones rarísimas, aprovechó los datos humanos menos patéticos, menos dramáticos, para tejer novelas románticas y cursis, vacías de contenido y de vigor humanos. El señor feudal de otro tiempo, tenía una manera parecida para considerar al «villano» que penaba bajo sus dominios. También ese encomendero español o criollo acaudalado de la colonia, que era como una supervivencia del señor del castillo. También, más tarde, realizada la emancipación, ese cacique o terrateniente que invadió todas las tierras de esta América, y que erigió o destruyó gobiernos en cuanto éstos servían o molestaban sus ambiciones.

En el panorama literario, esquemático, del cuento y la novela chilenos, publicado por el que esto escribe, el año 1929, en «La Nación», de Buenos Aires, se anotaba la característica más importante de Federico Gana, el precursor del cuento campesino en Chile, de la siguiente manera: «Llevó vida de gran señor, viajó por Europa, y sólo de tarde en tarde daba a la publicidad esos días de campo, en los que los tipos parecen los mayordomos o los peones de su fundo. Leyéndolos se evoca al hombre que toma la escopeta, monta en el caballo que le tienen preparado y, llamando a su perro, se va de caza. Cruza los caminos bordeados de álamos, se interna en los potreros alfalfados o en los rastrojos de las viñas, y de pronto tropieza con los tipos humildes que van a animar las páginas de sus bellos relatos. A veces sonrío, a veces se conduele. Está siempre montado en el caballo y el peón o la mujer del inquilino hablan levantando, en ocasiones el rostro, hacia el amo compasivo...»

No es otro el tono de la literatura americana, hasta hace pocos años. Bruscamente la realidad toma otro giro, y la literatura misma enfila por lo más áspero de las sierras y de las quebradas. Que es como decir, por el dominio de la soledad poblada de terrores humanos. La literatura entera de América, sin excepciones casi, echa a andar por estos duros caminos. En ellos está

el material virgen para erigir una verdadera concepción del arte americano. Pero es preciso que no se tome esto al pie de la letra. Camino duro lo tienen tanto las sierras como las ciudades. En ambas vive, con su mismo perfil, el hombre de la tragedia americana. América no ha sido más que un campo vasto de persecuciones. Tómese cualquier período de su historia y se llegará a la misma desoladora conclusión. Persecución del indio en el alba, implacablemente, con extorsiones salvajes. Persecución en la emancipación, de los que atentaban contra el dogma de la majestad real, vale decir, contra los señores feudales y contra los instrumentos americanos del feudalismo. Más tarde, persecución de la idea democrática, o sea, la llamada idea liberal entonces. La literatura y la historia se impregnaron de este fenómeno. Fueron incondicionales. Salvo, claro está, las escasísimas excepciones que para bien de los hombres de hoy ha conservado el archivo.

Las grandes novelas del último tiempo, las magníficas colecciones de cuentos del último tiempo, especialmente mexicanos, colombianos, brasileños y ecuatorianos, abordan esta dolorosa realidad, en páginas de grávida entonación humana. No como resorte social o político. No como expresión de una postura socializante, sino como documento auténtico del dolor americano. Tal el *Yunga*, del joven escritor ecuatoriano Gilbert. En ningún momento se ve la intención social o política. En ningún instante el escritor que predica. Dejo constancia especialmente de esto, porque hay la tendencia pueril a creer que todo lo patético o todo lo dramático en el pueblo, al ser trasladado a la literatura, se convierte en postura política. Cómo si la realidad brutal del explotado en las sierras ecuatorianas, o en las sierras del Perú, o en las caucherías del Amazonas, o en los llanos de Venezuela, tuviera necesidad de ser convertida en política para fijar su trágico perfil.

Es digno de ser tenido en cuenta este fenómeno al intentar un estudio del panorama integral de la novelística americana.

Sin ahondar en este problema todo estudio será vano, deshuesado, e infantil. Las novelas de refinamiento, o con vistas a una psicología importada, de agua de colonia, han pasado casi todas inadvertidas. No han convencido ni a los mismos criollos que se ponen smoking y olvidan de quitarse los zapatos con taco alto.—*D. Melfi.*



LUIS DURAND Y SU NOVELA PIEDRA QUE RUEDA

Hemos seguido con cariño la evolución literaria de Durand y debemos confesar que se ha superado constantemente. Este hombre de andar lento, de conversación tímida y confidencial, a quien sobrevivir parece costar ya un esfuerzo, no se creería dotado a primera vista del excedente de energías necesario para observar a la naturaleza y a los hombres, para descifrar los misterios recónditos de la psicología, para discernir en los actos de un personaje la parte que corresponde al instinto racial, a la costumbre colectiva, al temperamento individual. Las relaciones entre la conducta de un hombre y el medio natural y social, la transformación de un carácter a través de los episodios de una vida, la influencia de un carácter en los acontecimientos, parecen, para un observador superficial, cosas que exceden las preocupaciones de Luis Durand.

Sin embargo, este hombre sencillo y bondadoso se ha ido apropiando de todo con la mayor naturalidad. Cuando aparecieron sus primeros relatos de la vida rural, hubo quienes lo consideraron relegado al ambiente campesino, a sus poéticas descripciones del paisaje, a los pequeños dramas de la gentes humildes que viven adheridas al suelo, con sus trabajos rudos, sus pasiones silenciosas y tenaces que suelen aflorar en súbitas tragedias, sus extrañas supersticiones que tan pronto horrorizan su pensamiento como un nido de escorpiones o lo arrullan como un bordonar de